SAÚL YURKIEVICH
1931-2005
In Memoriam

POR

ALICIA BORINSKY
Boston University

Entre una cosa y la otra, entre Argentina y París, entre la crítica y la poesía, la obra de Saúl Yurkievich es abarcadora y dispersante a la vez. Son fundamentales sus estudios sobre las vanguardias y el Modernismo pero aún cuando resulten indispensables para entender la poesía de esos momentos, carecen completamente del afán dialéctico, de la obsesión por sintetizar y poner punto final a una reflexión porque se arman como una caja de resonancias sin relativismos historizantes. Yurkievich poeta no está nunca ausente de su crítica. Al contrario, la pasión con que presenta sus lecturas va elaborando un autorretrato. Dice en *El cristal y la llama* (acerca de López Velarde) que: “De lo culterano y carnavalesco, de lo frívolo y fantasioso del Modernismo, López Velarde transita hacia lo que directamente lo acucia, hacia lo irrecusable, lo medular, hacia lo prístino. Pierde la fruición por la ficción, por lo decorativo, por el trabajo en superficie. Desecha el poder fantasioso de recrear imaginativamente la existencia real. Asume en su poesía su verdadera condición de vida, lo restrictivo, lo defectuoso, lo fallido”. No sé si este es López Velarde pero es innegable que Yurkievich está ahí instándonos a ser exigentes, a no perder el tiempo señalando fenómenos de época e ir a lo que realmente importa trans-históricamente. Las lecturas de Yurkievich son iluminadoras por ese fulgor que alcanza a las palabras liberándolas de la reducción a sus contextos. Contingente mucho de aquello que la academia considera esencial y pasajero también el interés de las escuelas y los embanderamientos nos sugiere una y otra vez en sus lecturas.

Por eso es imposible separar su poesía de sus ensayos. Yurkievich se dejaba llevar en uno y otro caso por la música y la aparente casualidad que privilegia lo no práctico, lo accesorio vuelto estrategia de análisis y audición en contra del mero ruido o el mensaje unívoco. Su obra, como se ve en el título de uno de sus volúmenes más conocidos, se hace a favor de la rimbomba. En tanto poeta Yurkievich asume la herencia de la vanguardia y habla con el gorjeo de la música del espíritu del último canto de Altazor de Vicente Huidobro y el anacronismo liberador de César Vallejo.

Nunca claustrofóbica, su poesía es el triunfo de un lenguaje artificial, de engranajes en contra del falso naturalismo y cualquier simbolismo ingenuo.

Saúl se embebía del encanto de los objetos encontrados al azar, coleccionaba tesoros que compraba en los mercados de pulgas. Le gustaban las miniaturas, el *art nouveau*, la ropa de diseñador, el cine, el jazz.

Leía avidamente y tenía juicios tajantes sobre escritores y críticos. Era impaciente pero simpático. Le gustaba caminar, mirar a su alrededor, explorar, hacer listas de lo que veía, ir a exposiciones. Tenía una curiosidad desjerarquizada y un sano desprecio por la solemnidad.

Saúl con su esposa de toda la vida, Gladys, llevaba una vida consumida por las lecturas, los amigos, el arte. Con ella trabajaba sobre la obra de Julio Cortázar, de quien fue albacea literario.

Lo ví por última vez una semana y media antes del accidente que le causó la muerte. Estábamos cenando en su departamento, fue a buscar un libro que había sido mencionado en la conversación y al oírlo hablar en el pasillo, le pregunté a Gladys: “¿Hay alguien más en la casa?” Gladys me contestó que no, que Saúl se hablaba frecuentemente en voz alta. El recuerdo de su voz alegre, hablándose en francés con las inflexiones y el vocabulario de un señor amable es uno de los regalos que me dejó Saúl con la tranquilidad de que acaso ni siquiera haya podido darse cuenta de que ese viaje que emprendió de Saignon a París sería el último.

Yo he perdido un amigo, a todos nos faltará el tono y el guiño de la conversación que ahora sólo nos será accesible a través de la relectura.